

ORTODOXIA, LA LLAVE DE LA VERDAD EN EL MUNDO MODERNO.

*P. Lic. Víctor Agustín Sequeiros I.V.E.
San Rafael (Argentina)*

*Iustitiae Domini rectae, laetificantes corda;
Praeceptum Domini lucidum, illuminans oculos¹.
(Ps. CXVIII)*

Ortodoxia se ha vuelto en el mundo moderno una palabrita muy trillada, al punto que de tanto uso se la encuentra también un tanto devaluada. Se habla tan a la ligera de «ortodoxos» y «ultraortodoxos» que ya ni siquiera nos sorprende que un conocido matutino local nos informe que incluso nuestra Primer Mandataria se estaba «volviendo resueltamente a la ortodoxia»². En el centenario de este magnífico clásico chestertoniano en el que su autor nos presenta la verdad como lo haría en una cervecería inglesa, bromeando con los amigos, como en la Hostería Volante, uno podría hasta ilusionarse pensando que la rectitud del Juicio Divino había alcanzado por fin a iluminar las almas de nuestros políticos... Sin embargo, héllàs, quienes se apartan tanto del buen humor como de la recta doctrina no suelen volverse a la Ortodoxia del Señor, sino que son más proclives a abrazar la del Mercado, como en el caso mencionado, y desde hace un par de milenios sabemos que es imposible servir a dos señores. Hay Ortodoxia y ortodoxias.

¿Qué es entonces la Ortodoxia? ¿Cuál es su verdadero sentido? Antes de gustar el exquisito sentido común de la respuesta chestertoniana, recordemos el significado original de la palabra, es decir su etimología conformada por la articulación de dos vocablos griegos, ὀρθός (recto) y δόξα

¹ «Los juicios del Señor son rectos, alegran los corazones; los preceptos del Señor son luminosos, dan luz a los ojos» (Ps. CXVIII)

² Cf. *La Nación*, 24 de septiembre de 2008.

(opinión, en el NT, gloria), o sea el recto opinar, que no es precisamente la «opinión pública» sino, como anticipamos en el salmo elegido como epígrafe, la conformidad con el pensamiento divino, que nuestro autor reconoce como revelado y depositado en los ministros de la Iglesia instituida por el mismo Cristo: Aquí el término «Ortodoxia» –nos advierte en su Introducción– significa el Credo de los Apóstoles, tal como fue entendido por todo el que se llamó cristiano hasta hace muy poco tiempo, y la conducta histórica general de los que profesaron tal credo.³

En buen romance, como interpreta agudamente el P. Castellani, toda una autoridad en cuanto a la recepción de Chesterton en Argentina, la Ortodoxia es el Catecismo; obviamente no el *Holandés*, de contenido tal vez demasiado «para adultos», sino el de la infancia, mucho más adecuado a la rectitud de espíritu de nuestro autor:

Esta misión me ha dado el Señor de explicar el Catecismo a la Merry England de tan original modo que entre el inmenso bullicio de sus negocios, sus vanidades y sus prejuicios, ella escuche⁴.

Como se trata «de la cosa más seria del mundo», la Ortodoxia –es decir la Fe Católica– será explicada y defendida con verdaderas razones, pero como «yo soy Chesterton – le hace decir el sacerdote argentino– y es preciso que sea una obra original y una obra apologética», serán verdaderas razones, pero «razones bailadas», o sea, más que juegos de palabras, “juegos de ideas”, (...) porque jugar no es necesariamente engañar. El hombre cuando juega finge, pero el niño al jugar hace una cosa importante y seria. Chesterton es un niño terrible. Se puede jugar con fantasmas o jugar con cosas. Dios jugó con cosas cuando hizo el mundo y juega todos los días haciéndolas, “*ludens in orbe terrarum*”. Y al hombre le es dado jugar con las ideas, fantasmas de las cosas, el cual juego es llamado vulgarmente poesía, de una palabra griega que significa crear»⁵.

Nos encontramos pues ante un libro de apologética, o sea de defensa de la fe por medios racionales, en el que el gran pensador inglés cumple de manera palpable, plástica y hasta periodística, con aquella apostólica exi-

³ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*. México 1986, Porrúa, 6.

⁴ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*. Buenos Aires 1974, Dictio, 139.

⁵ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 137.

gencia del primer papa, a la vez bíblica y magisterial, de «*dar razón de vuestra esperanza a todo aquel que os la pidiere*»⁶, como nos recordaba hace pocos días el Santo Padre en su alocución en el Colegio de los Bernardinos de París, destacando que «*la razón (λόγος) de la esperanza debe hacerse apología, la Palabra debe llegar a ser respuesta*»⁷.

En dicha expresión se funda la necesidad de profundizar la Revelación a la luz de la razón, es decir de desarrollar la *teología*, la ciencia suprema en la expresión del Angélico⁸, y su aplicación práctica a las objeciones y errores de cada época, la apología, hoy más devaluada que ciertas acciones de Wall Street después del estallido de la burbuja hipotecaria, a pesar de que el propio San Pedro usa expresamente el término.

Chesterton no hizo oídos sordos a tal alto mandato, vertiendo de modo risueño y personal aquellas sólidas verdades que los grandes doctores de la cristiandad enunciaron en tratados estrictamente filosóficos y teológicos⁹. Se manifiesta así la aristocrática fineza de su alma de poeta, patente en el uso abundante de la ironía aplicada caballerosamente a los enemigos de la Fe.

Ofrezco este libro con los más tiernos sentimientos hacia todas las alegres personas que odian lo que he escrito, y lo consideran (muy

⁶ 1 Pe 3,15: ἔτοιμοι ἀεὶ πρὸς ἀπολογίαὺν παντὶ τῷ αἰτοῦντι ὑμᾶς λόγον περὶ τῆς ἐν ὑμῖν ἐλπίδος. (*parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea quae in vobis est spe*, vierte San Jerónimo.)

⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura*. En el Colegio de los Bernardinos de París, viernes 12 septiembre 2008 (ZENIT.org).-

⁸ Cf. S. T. DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, 1, 5: Utrum Sacra Doctrina sit dignior aliis scientiis.

⁹ «Mostrar que una fe o una filosofía es verdadera desde cualquier punto de vista sería una empresa demasiado grande aún para un libro mucho más grande que éste; es necesario seguir una sola línea de argumentación, y ésta es la línea que me propongo seguir. Quiero presentar mi fe como una que responde en forma particular a esta doble necesidad espiritual, la necesidad de esa mezcla de lo familiar y lo desconocido que la Cristiandad ha denominado correctamente “romance”. Y es que la misma palabra “romance” tiene en sí el misterio y el antiguo significado de Roma». (G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 4.)

justamente, por todo lo que sé), como una pobre payasada, o una única y pesada broma¹⁰.

El carácter vívido de esta defensa del Recto Pensar, la Ortodoxia, se refleja en la forma de mostrarla, a través de su propia búsqueda de Dios, el *quaerere Deum*, que, como dice el papa, es «*la actitud más verdaderamente filosófica, el mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas*»¹¹.

Uno busca la verdad, pero puede ser que instintivamente uno busque las más extraordinarias verdades (...) Muchas veces he tenido la veleidad de escribir una novela acerca de un navegante inglés que calculó su trayectoria en forma ligeramente errónea, y descubrió Inglaterra bajo la impresión de que se trataba de una nueva isla de los mares del Sur (...) Su error era en realidad un muy envidiable error, y él lo sabía, si era el hombre que yo supongo que era. ¿Qué podría ser más delicioso que tener en pocos minutos todos los fascinantes terrores de ir al extranjero, combinados con todas las humanas seguridades de volver a casa? (...) Pero tengo además una razón particular para mencionar al hombre del yate, el que descubrió Inglaterra. Porque yo soy ese hombre del yate. Yo descubrí Inglaterra¹².

Los griegos ya habían empleado la metáfora de la navegación como imagen de la vida humana en general. Platón la convirtió en símbolo del pensar humano, especialmente de la peligrosa decisión de pensar por su cuenta, el navegar contra la corriente. Hablaba así de una «primera navegación», con ayuda del viento y a vela desplegada, y de una «segunda navegación» sin viento favorable, recurriendo a remos y remeros, mucho más costosa y arriesgada, pero capaz de alcanzar las realidades inteligibles, superiores a los meros fenómenos.

Consciente de los peligros, el autor del *Timeo*, llega incluso a desear para los hombres «una revelación divina» que les permita atravesar sin riesgos el mar de la vida. Es evidente que su corazón atisbaba objetivamente la Revelación. En fin, ateniéndonos al mero campo filosófico, los hom-

¹⁰ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 5.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura*.

¹² G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 4-5.

bres deben enfrentar el peligro de la verdad remando la «segunda navegación», desarraigados de su hogar, de su seguridad y enfrentar la infinitud del mar, imagen de la infinitud del Ser, y tratar de llegar mar adentro lo más hondo posible. *Duc in altum*. Entre nosotros, lo expresó bellamente el P. Castellani:

*Busco la isla de Jauja, sé lo que busco y quiero
Que buscaron los grandes y han encontrado pocos
El naufragio es seguro y es la ley del crucero,
Pues los que quieren verla sin naufragar son locos.
Quieren llegar a ella sano y limpio el esquife,
Seca la ropa y todos los bagajes en paz,
Cuando solo se arriba lanzando al arrecife
El bote y atacando desnudo a remo el caz.*

.....
*Este es el viaje eterno que es siempre comenzando
Pero el término incierto canta en mi corazón.*

Habiendo perdido de fe de la inocencia al advertir la deformidad farsaica del puritanismo, Chesterton se lanzó mar a dentro en un momento crítico para la Europa aún cristiana en su población sencilla, y ya violentamente azotada por los peligrosos vientos del panteísmo idealista y del materialismo naturalista que soplaban fuertemente desde los centros del poder terreno infestando el mundo cultural mediante las periodísticas plumas de los escritores y las obras de los artistas sumisos a sus dictados.

Libremente confieso Como todos los otros solemnes muchachitos, traté de anticiparme a mi época. Como ellos, intenté adelantarme por diez minutos a la verdad. Y descubrí que estaba atrasado unos 1800 años¹³.

¹³ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 4-5. Y agrega: «Yo soy ese hombre que con máxima audacia descubrió lo que ya había sido descubierta antes. Si hay un elemento de farsa en lo que sigue, la farsa es a mis expensas, porque este libro explica cómo me imaginé que era el primero en poner el pie en Brighton, y luego descubrí que era el último».

Nuestro autor reconoce «haber abrigado todas las idiotas ambiciones de fines del siglo XIX»¹⁴, *le siècle stupide*, como dicen los buenos franceses, que creía ingenuamente que persiguiendo la Religión y haciendo avanzar la «ciencia», en realidad la mera técnica, no solo iba a alcanzar el progreso indefinido, sino la «paz perpetua»¹⁵, que todavía siguen esperando.

Sin embargo, y aquí está su grandeza, nuestro marinero supo sortear los engañosos cantos de la sirena del progreso y elegir esa segunda navegación capaz de remontar el maremoto cultural anticristiano embravecido por la europeización de la *Kulturkampf*, la bisabuela de la (alfon)cínica «patota cultural» que asola nuestra patria desde hace cuarto de siglo. La Providencia intervino para que aceptara con nueva luz intelectual y renovada alegría la Revelación anhelada por patriarcas y helenos y comprendiera que al navegar mar adentro estaba en realidad volviendo a la casa de la infancia. El Dios que llama «locura» a la muy adulta soberbia de este mundo y abre el cielo a los que se hacen como niños, supo soplar suavemente en el alma del infante Gilbert Keith para que pueda enderezar el rumbo y en lugar de sucumbir en una nueva heterodoxia, llegar de nuevo a puerto, a aquel mismo puerto de donde había salido y que, paradójicamente, había dejado, para él, de ser el mismo, ya que descubre el verdadero recto pensar cristiano, purificado del fariseísmo protestante.

Que el Cielo me perdone que haya tratado de ser original, pero sólo logré inventar por mi propia cuenta una copia inferior de las tradiciones existentes sobre la religión civilizada. El hombre del yate creyó que él era el primero en descubrir Inglaterra, yo pensé que era el primero en descubrir Europa. Traté de fundar una herejía de mi propiedad, y cuando le dí los últimos toques, descubrí que era la ortodoxia¹⁶.

El papa Benedicto, en la ya citada alocución, explica magníficamente la muy chestertoniana paradoja de descubrir lo descubierto sirviéndose del

¹⁴ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 5.

¹⁵ Y en nuestro país, además, algunos amantes del progreso pensaban que la paz vendría de Alemania, para ellos la nación más civilizada por haberse liberado del Cristianismo mediante la *Kulturkampf* (guerra cultural contra la cultura cristiana). Así les fue.

¹⁶ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 6.

ejemplo de la predicación paulina en el principal centro intelectual de su tiempo, el Areópago de Atenas:

San Pablo replica: «He encontrado entre vosotros un altar en el que está escrito: “Al Dios desconocido”. Pues eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo» (cf. 17,23). Pablo no anuncia dioses desconocidos. Anuncia a Aquel, que los hombres ignoran y, sin embargo, conocen: el Ignoto-Conocido; Aquel que buscan, al que, en lo profundo, conocen y que, sin embargo, es el Ignoto y el Incognoscible. Lo más profundo del pensamiento y del sentimiento humano sabe en cierto modo que Él tiene que existir. Que en el origen de todas las cosas debe estar no la irracionalidad, sino la Razón creativa; no el ciego destino, sino la libertad. Sin embargo, pese a que todos los hombres en cierto modo sabemos esto -como Pablo subraya en la Carta a los Romanos (1,21)- ese saber permanece irreal: Un Dios sólo pensado e inventado no es un Dios. Si Él no se revela, nosotros no llegamos hasta Él. La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir ahora a todos los pueblos: Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano consiste en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es Logos -presencia de la Razón eterna en nuestra carne. Verbum caro factum est (Jn 1,14): precisamente así en el hecho ahora está el Logos, el Logos presente en medio de nosotros. El hecho es razonable. Ciertamente hay que contar siempre con la humildad de la razón para poder acogerlo; hay que contar con la humildad del hombre que responde a la humildad de Dios¹⁷.

El autor de *El hombre eterno* supo abrigar esa humildad del hombre necesaria para hacer propia la Ortodoxia, expresión acabada de la humildad de un Dios que revela su propio y rectísimo pensamiento condescendiendo a la capacidad humana, es decir la Verdad Divina hecha inteligible al entendimiento humano por haberse revestido el propio Logos eterno de la humildad de nuestra carne en el punto culminante de la historia. La humildad divina resplandece asimismo en el hecho de que Dios no impone la Verdad Revelada sino que espera la respuesta libre de la voluntad humana, es decir que el hombre elija concretamente

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura*.

la Ortodoxia aún a costa de la gloria humana que en los tiempos decadentes suele ofrecer la heterodoxia:

Pregonero gritón de la gloria de Dios y de la Santa Madre Iglesia Romana, Chesterton abandona la gloria terrena a su contemporáneo y gemelo espiritual Bernard Shaw, y a su rival Rudyard Kipling, y prefiere tranquilamente servir con sus enormes facultades a la plebe de Cristo, que no paga, antes que al Imperio o al Arte, que pagan...; o por lo menos, prometen paga...¹⁸

El despreciar la paga obsecuente de los poderosos de este mundo, simbolizado en Castellani por el hecho de tener que alcanzar a nado la isla bienaventurada, tiene en Chesterton, «*uno de los hijos más sanos y representativos de esa gran nación enferma*», la expresión de un caballeresco enfrentamiento al *stablishment* del ocaso imperial, «*con su escolta de piratas y mercaderes, gente solemne, gente práctica, gente responsable, grandes financistas y prestamistas. "Facts and figures, facts and figures". La Ciencia con mayúscula, la Nueva Psicología, La Psicoanálisis, Economincs and Politics, la respectabilidad, los dons de Oxford y Cambridge, el pudor victoriano, la revolución industrial, la oligarquía de las grandes fortunas, el Imperio, toda la tierra para explotar, la Cultura, el Progreso y la Civilización con la predestinada supremacía de la raza nórdica, precisamente por ser nórdica...*»¹⁹. El ver con alegría «las cosas como son» no lo librarán por cierto de los motes de «papista, atrasado y retrógrado», pues «*todo el mundo moderno está en guerra con la razón, y la torre ya vacila*»²⁰.

¿Qué le importa a don Gilberto de la gloria humana? (...) Él es hijo de San Agustín de Cantorbery, del Rey Alfredo el Santo y de Ricardo Corazón de León, sabe que estamos en Cruzada, es de los ingleses cada día más escasos que van a pelear a Tierra Santa, porque sabe que en la Tierra Santa, en la Nueva Jerusalén, está la frontera del corazón de Inglaterra amenazado²¹.

A diferencia de Voltaire, el ácido «*apóstata de una nación cristiana*», nuestro *enfant terrible*, «*el convertido de una nación hereje*» se batirá con alegría, blan-

¹⁸ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 167.

¹⁹ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 156.

²⁰ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 19.

²¹ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 169.

diendo su Catecismo para evitar «el suicidio del pensamiento»²² defendiendo el buen sentido y, de paso, como decía Claudel, «*rehacer una imaginación y una sensibilidad católicas, marchitadas hace cuatro siglos gracias al triunfo de la literatura puramente laica*»²³.

Sin embargo, como Dios suele escribir bien derecho por entre líneas cruzadas, su regreso al pensamiento recto contó con la paradójica colaboración de quienes lo combatían con mayor enjundia. Así, fueron esos mismos «*librepensadores que desordenaban la mente*» (y que «*desordenaron la mía de una manera horrenda*», confiesa) quienes a fuerza de forzar razones hasta el punto de hacerle «*pensar si la razón servía para algo*», «*sembraron en mi mente las primeras frenéticas dudas de la duda*» y al final «*me volvieron a la teología ortodoxa*»²⁴:

Desde los de Huxley hasta los de Bradlaugh, todos los comentarios no cristianos y anticristianos que leía y releía fueron desarrollando en mi inteligencia, gradual pero gráficamente, la lenta y aterradora idea de que el Cristianismo debía ser algo muy extraordinario. Porque (según lo entendí) el Cristianismo no sólo poseía los más inflamados defectos, sino que, aparentemente, tenía un místico talento para combinar entre sí defectos que parecían incombinables. Se le atacaba de todas partes y por razones todas contradictorias. Tan pronto un racionalista demostraba que estaba demasiado al este, como otro demostraba, con idéntica claridad, que estaba demasiado al oeste (...) En el capítulo I me probaban (...) que el Cristianismo era demasiado pesimista; y luego en el capítulo II comenzaban a probarme que era demasiado optimista (...) No bien un racionalista comenzaba a llamar «*pesadilla*» al Cristianismo, otro comenzaba a llamarle paraíso de locos. Esto me intrigó; las acusaciones parecían inconsistentes. El cristianismo no podía ser al mismo tiempo la máscara negra de un mundo blanco y también la máscara blanca de un mundo negro (...) Y por un loco instante cruzó en mi mente la idea, de que tal vez no fueran los mejores jueces de la relación de la

²² G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 17.

²³ Cit. por L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 142.

²⁴ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 54.

religión con la alegría, aquellos que, según sus propios comentarios, no poseían ni alegría ni religión²⁵.

De más está recordar (y en esto hacemos un nada piadoso paréntesis) que análogos ejemplos no faltan en la actualidad de nuestras pampas. Así, el año pasado, con motivo de la elevación a los altares de Ceferino Namuncurá, en las adocenadas páginas de un pasquín porteño que sigue repitiendo la ya gastada cantinela del supuesto «genocidio aborigen» por parte de los católicos conquistadores, despotricaba contra la beatificación del virtuoso hijo del Cacique llamando a la Iglesia que lo protegió y educó, «sustento dogmático de la represión»²⁶, olvidando que el muy democrático general represor fue un liberalote comecuras, enemigo de la evangelización, propulsor de la ley 1420 (que privó a los niños del catecismo escolar) y autor de la expulsión del nuncio pontificio. Lo mismo podría decirse de la acusación a la Iglesia de «no hacer nada frente a la represión» para luego terminar condenando contra toda justicia a un sacerdote que se desgastaba asistiendo y auxiliando a los detenidos en dicha «represión». Para decirlo con palabras de nuestro autor, y sin salirnos del rubro, parece *«no tanto que el Cristianismo fuera suficientemente malo como para contener cualquier defecto, sino más bien que cualquier bastón es suficientemente bueno para apalea con él al Cristianismo»*²⁷.

Similares groserías terminaron asqueando el buen sentido de Chesterton hasta hacerle decir que *«actualmente se produce un colapso intelectual tan innegable e inconfundible como el colapso de una casa»*²⁸. Pero también le ayudaron a descubrir la clave:

Y luego, en una hora de calma, un pensamiento me asaltó como un rayo silencioso (...) Supongamos que oímos a muchos hombres hablando de un hombre desconocido (...) oímos que unos decían que era demasiado alto y otros que era demasiado bajo; unos comentaban su gordura y otros su delgadez; unos le hallaban demasiado moreno y otros demasiado rubio. Una de las explicaciones (...) sería

²⁵ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 55-56.

²⁶ *Página/12 web*, Santa sumisión, 11 de noviembre de 2007.

²⁷ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 59.

²⁸ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 7.

que podría tener tan extraña figura. Pero aquí hay otra explicación. Podría ser el término medio. Los hombres ofensivamente altos le hallarían bajo. Y los muy bajos lo encontrarían alto. Los viejos que ya adquirirían corpulencia, le juzgarían insuficientemente lleno; los viejos buenos mozos que ya adelgazaban podrían sentir que propasaban las estrechas líneas de la elegancia. Tal vez los suecos (...) le llamaron moreno, mientras que los negros lo consideraban definitivamente rubio. Abreviando, quizá ese algo extraordinario en realidad fuera lo ordinario, por lo menos, lo normal; el justo medio. Tal vez el Cristianismo fuera sensato y fueran locos todos sus críticos, en varios sentidos locos. Probé esta idea preguntándome si en sus acusadores, había o no algo de morboso que explicara la acusación. Me sorprendí al descubrir que la llave andaba bien en la cerradura (...) Recorrí todos los casos y la llave calzaba siempre.²⁹

Sin embargo, la Ortodoxia no se limita a señalar recto pensar de lo sensato o el mero justo medio de las virtudes humanas («cardinales»); antes bien se enraíza en lo Alto por ser reflejo revelado del rectísimo pensamiento de Quien, naciendo de lo alto³⁰, «no era un ser diferente a Dios, ni diferente al hombre, como los elfos; ni mitad humano y mitad no, como los centauros, sino ambas cosas por completo, muy hombre y muy Dios»³¹. Por ello no hay límite para intensificar cualitativamente las virtudes divinas, ni menos aún posibilidad de que se anulen por darse intensamente en el mismo hombre: «el Cristianismo separó las dos ideas y las exageró (...) resolvió la dificultad de combinar furias opuestas, conservando a ambas y conservándolas furiosas»³²:

Así las dobles acusaciones de los mundanos, a pesar de no arrojar más que oscuridad y confusión sobre sí mismos, arrojaron una positiva luz sobre la fe. Es cierto que la Iglesia histórica había insistido simultáneamente sobre el celibato y sobre la familia; al mismo tiempo (y si es posible expresarlo así) había sido vigorosamente terminante en que se tuvieran hijos y en que no se tuvieran. Mantuvo lado a lado las dos insistencias, como si mantuviera dos colores, rojo

²⁹ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 59-60.

³⁰ Lc 1,78.

³¹ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 60.

³² G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 62.

y blanco; como el blanco y el rojo del escudo de San Jorge. Siempre ha manifestado un saludable odio por lo rosado. Odia esa combinación de dos colores que es el débil expediente de que se sirven los filósofos. Odia esa evolución del negro al blanco que es equivalente a un gris sucio.

No obstante siempre subsiste la tentación de ensuciar los colores puros con mezclas igualitarias y horizontalizantes que dejen al hombre huérfano de misterio y amputado de su lazo con lo sublime. La Cristiandad logró a su tiempo «*conservar la coexistencia de los dos colores con toda la nitidez de cada uno*», y la Iglesia supo «*evitar que alguna de estas cosas buenas suprimiera a la otra*»³³. Y en este delicado equilibrio «*la Iglesia no puede desviarse ni el espesor de un pelo*» pues «*con que una vez sola debilitara una idea, otra idea frente a ella se volvería demasiado fuerte (...) lo bastante fuerte como para convertirse en una religión falsa que perdiera al mundo*»³⁴. Como «*el menor error introducido en la doctrina causaría inmensos trastornos en la felicidad humana*», y de hecho los ha causado, «*contra él, bien o mal, la Autoridad Religiosa se irguió como una barrera. Y contra él, algo por cierto debe erguirse como barrera si es que nuestra raza debe salvarse de la ruina*»³⁵. Y debe seguir haciéndolo y lo hará hasta el fin de los tiempos para defender la Ortodoxia en el delicado campo de batalla de las almas que recibieron la recta fe «*por el oído*», como dice San Pablo, y corren peligro de perderla por los subterfugios de los charlatanes ilustrados que adulteran el Catecismo con teorías capaces de hacer perder al hombre sus cabales³⁶, o sea reducen la Doctrina a un texto «*para adultos*», para espíritus soberbios incapaces de reconocer cualquier cosa superior a su insignificancia, olvidando que los hombres «*mientras tienen misterio, tienen salud; cuando se destruye el misterio se crea la morbosidad*»³⁷.

El hombre que entre los hombres no quiere encontrar absurdos, es él un hombre absurdo. El católico es un hombre que cree que no

³³ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 64.

³⁴ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 66.

³⁵ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 19.

³⁶ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 7. «Nos hallamos en peligro de ver filósofos que duden de la ley de gravedad, por considerarla como un simple producto de sus imaginaciones» (p. 19).

³⁷ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 16.

todo se puede entender, que ha admitido una vez la existencia de una Cosa Incomprensible (es decir, mayor que él) con la cual se comprenden todas las otras³⁸.

Chesterton señala punzantemente el seguridad tradicional de la verdad, dándonos el criterio seguro para guardar la Fe:

La tradición es sólo la democracia prolongada a través del tiempo. Es creer en un concierto de vulgares voces humanas, más que en un registro aislado y arbitrario de los hechos. El hombre que cita a un historiador alemán en su ataque a la Tradición de la Iglesia Católica, apela estrictamente a la aristocracia. Recurre a la autoridad de un experto para oponerla a la tremenda autoridad de la muchedumbre popular (...) Tradición significa dar votos a la más oscurecida de todas las clases: nuestros antecesores. Es la democracia de los muertos. La tradición rehusa someterse a la pequeña y arrogante oligarquía de aquellos que casualmente andan por ahí [por eso] siempre he estado más inclinado a creer en el clamor de la clase trabajadora, que a creer a esa selecta y perturbada clase literata a la que pertenezco³⁹.

Y cuando es cuestión de pensar al revés y de torcer a cualquier precio la ortodoxia ni siquiera el Texto Sagrado está a resguardo:

Los críticos son mucho más locos que los poetas. Homero es bastante tranquilo y completo; son sus críticos los que lo destrozan en jirones de extravagancia. Shakespeare fue perfectamente él mismo; sólo algunos de sus críticos descubren que Shakespeare fue otro. Y San Juan Evangelista, no obstante haber visto en visión muchos monstruos extraños, no vio criatura alguna tan salvaje como uno de sus comentaristas⁴⁰.

Como para que no dudemos en la necesidad de la Autoridad religiosa para proteger al pueblo fiel⁴¹, en Argentina, para no ser menos, a falta de

³⁸ L. CASTELLANI, *Crítica Literaria*, 140.

³⁹ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 19-20.

⁴⁰ G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 8-9.

⁴¹ «los tolerantes modernos (...) hablan sobre la autoridad religiosa, no solamente como si no hubiera razón alguna de su existencia, sino como si nunca hubiera habido una razón para que exista (...) los modernos críticos de la autoridad religiosa son como

alemanes, ha salido ahora un «experto» santiaguense que no limita sus teorías a San Juan sino que pretende destrozarse a jirones la Escritura entera, tratando a la vez de «des-misterizar» los misterios y enigmatizar las verdades más evidentes, todo eso bajo el engañoso rótulo de «exegeta católico» y con el escandaloso mecenazgo de nuevo de las páginas más adocenadas de nuestra prensa. Niega la existencia de Adán y Eva, el Edén, el Arca de Noé, el ángel Gabriel, la Torre de Babel, los estigmas y las apariciones marianas diciendo que sus doctrinas «están en consonancia con los dogmas de la Iglesia»⁴². Al revés del niño Gilbert Keith, el muy adulto Álvarez Valdés sigue todavía en la cómoda corriente de la heterodoxia sin hacer siquiera atisbos de volver a casa.

Tal vez sea por la mayoría de las veces impune profusión de filósofos, teólogos y exegetas «para adultos» que «nuestra situación actual –dice el Santo Padre– bajo muchos aspectos, es distinta de la que Pablo encontró en Atenas, pero, pese a la diferencia, sin embargo, en muchas cosas es también bastante análoga. Nuestras ciudades ya no están llenas de altares e imágenes de múltiples divinidades, pero para muchos, Dios se ha convertido realmente en el gran Desconocido»⁴³.

Para encontrarlo en nuestro tiempo, la Providencia no sólo nos ha dado la Ortodoxia, sino también la pluma jocosa de Gilbert Keith Chesterton, capaz –como dice San Gregorio– de dar «la punzada imprevista que desgarra el alma adormecida y la despierta haciendo que estemos atentos a Dios»⁴⁴.

Las enseñanzas de Chesterton son revolucionarias para el mundo moderno, no en el sentido prometeico que la palabreja tiene entre los intelectuales, sino en cuanto que su pensamiento es capaz de enderezar la trágica *svolta antropologica* que desde el otoño de la Cristiandad ha invertido la natural correspondencia del hombre con su Creador. Basta como muestra la chestertoniana conversión de Scott Derrickson, conocido cineasta y director of Hellraiser (Inferno, 2000) y The Exorcism of Emily Rose

hombres que atacaran la policía sin nunca haber oído hablar de los asaltantes. Porque existe un grande y posible peligro para la mente humana; un peligro tan real como el de un asalto» (G. K. CHESTERTON, *Ortodoxia*, 19.)

⁴² *Página/12*. La Inquisición del siglo XXI. 22 de agosto de 2008.

⁴³ BENEDICTO XVI, *Discurso al mundo de la cultura*.

⁴⁴ J. LECLERCQ, *L'amour des lettres et le désir de Dieu*. Paris 1963, Éd. du Cerf, 35.

(2005) que, cautivado por la sencillez y belleza de «las ideas que bailan» en Ortodoxia, puedo liberarse del sin sentido («*the modern mental madness*») del «pensamiento débil» al que lo habían llevado sus lecturas de los deconstructivistas franceses⁴⁵.

Cien años después de su aparición, *Ortodoxia* sigue mostrando que vale la pena buscar a Dios, que la recta razón puede hallarlo porque el mismo Dios, que se dejó encontrar hasta por quienes no lo buscaron, nos ha dado una clave, la única que cierra, y que a la vez es capaz de abrir la inteligencia a la Verdad: la Ortodoxia.

⁴⁵ Cf. *A Chestertonian in Hollywood*. An Interview with Scott Derrickson by Sean P. Dailey: «My discovery of Chesterton didn't come until college, when I fell into an epistemological crisis. I was reading all kinds of French philosophy about deconstructionism, and then I read Chesterton and he single-handedly wiped my mental slate clean. Chesterton is hands down my favorite writer (...) Nobody digs deeper or presents more profound ideas than Chesterton and, unbelievably, nobody writes with more wit or style (...) I first read Orthodoxy in college and it is, quite simply, the most brilliant and impacting book I've ever read. I've read it cover to cover at least a dozen times. I was given the book by a philosophy professor who thought it might help me amidst my philosophical crisis. Like I said, I was reading lots of deconstructionist literature at the time and was very much trapped within the modern mental madness that Chesterton describes in that book».